

PONT-NEUF

ANDRÉ BRETON

Traducción de Aurelia Álvarez Urbajtel



Finge que descansa y no nos deja descansar, con el cabello que burbujea muy por debajo sobre la almohada de sus riveras. La mano —sólo ella un poco despierta en la orilla de la cama—, hace un momento encendida con todos los plumajes que hablaban desde la más remota lejanía terrenal, se ocultó, los pájaros volaron, bajo la cabeza, agravando la postura de voluptuosa indolencia. A la axila descubierta acudió enseguida todo el perfume de las flores. Nacidas esa noche apenas, casi aún sin abrirse, se amontonan friolentas como si no pudieran prescindir del rubio calor de esa canastilla. Su aliento imperceptible sólo se percibe por el ligero temblor que a cortos intervalos hace pasar sobre su piel. Eso se acentúa y como que se electriza un poco cerca de la carne más tierna del vientre, donde uno de los muslos describe un arco más grande para cubrir en parte el otro y hacer que las piernas confundidas, sobre todo cuando los árboles en plena foliación oscurecen la ventana, se afilen y ondulen en cola de sirena sin fin.

Estoy hablando de un río al que me une un destino, el de haber tenido muy pronto que ver con él y no con otro: no he tenido tiempo para desprenderme de lo que se refleja, tan veladamente sin embargo, en su ojo beige y gris. Otros ríos son límpidos y fascinantes, otros tumultuosos, y las truchas se echan en sus brazos cuando se yerguen y gruñen, otros corren sobre pepitas o se peinan largas hierbas rojas, pero el Sena en París teje lo dulce-amargo en la superficie, y oculta un disimulo profundo. *Lo que la historia se llevó* es el título de una película cuya publicidad leña hace poco en las paredes. Ese título me pareció un buen hallazgo, tan verdad como que desde ese punto de vista la historia le da una lección al viento. Es cierto que “el viejo París ha muerto” pero ¿de qué nos sirven la nostalgia de lo que fue y la melancolía que inspiran en cada época sus embellecimientos falaces, comparadas con lo que vemos irriarla, siempre impulsado por la misma fuerza y sin duda tan poco alterado en esencia? Esa agua corre inmutable así y allá, ni más ni menos limosa que en los tiempos en que los suntuosos hoteles recién contruidos del muelle de los Agustinos desafiaban, por encima de la isla de las Parras, las casuchas del Valle de la Miseria. Sólo esa

agua puede conjugar el verde turbio de las salcedas como preexistieron en la ribera izquierda de las construcciones encargadas por Philippe le Bel, con los fulgores que sobre la otra ribera dejaban pasar sobre la arcilla el estancamiento de los arroyos de las tenerías.

Se dice que Kleist, a principios del siglo XIX, proyectó sus inquietudes personales en la fisonomía y el temperamento de algunos ríos, el Meno que se desvía por un viñedo, el Elba entregado al placer de demorarse en su valle, el soberbio Rín que aparta las rocas delante de sí. El modo más estático de representarme al Sena no es por mi parte menos efusivo.

Los pasos que, sin necesidad externa, nos devuelven durante años a los mismos puntos de una ciudad atestiguan nuestra creciente sensibilidad ante algunos de sus aspectos, que se presentan oscuramente bajo una luz favorable u hostil. Si uno presta atención, el recorrido de una sola calle un poco larga y con un desenvolvimiento azar variado —la calle de Richelieu por ejemplo— ofrece, en un intervalo de números que se podría precisar, zonas alternadas de bienestar y de desazón. Un mapa sin duda muy significativo requeriría trazarse *para cada quien*, con los lugares que frecuenta en blanco y los que evita en negro, lo demás en función del atractivo o de la repulsión menor que se reparten la gama de los grises. Cierta objetividad debe gobernar esta clasificación y no cabe duda de que aquí como en otra parte triunfarían en la elección las “estructuras privilegiadas”. Pero cuando se trata de una ciudad tan antigua y con un pasado tan rico como París, me parece imposible ver esas estructuras como físicas únicamente. Su interés es que proceden en gran parte de *lo que ocurrió* aquí o allá y que, si intentáramos ver claro, nos harían más conscientes de lo que nos hace vacilar lo mismo que de lo que nos devuelve el equilibrio. Esta visión muy intuitiva y esta orientación a tientas entre lo que nos da felicidad o nos hace sombra, podrían ser de gran utilidad en nuestra conducta.

Al emprender este esfuerzo por sondear lo que equivocadamente y con tanta ligereza se ve como insondeable, escojo sin dudarle demasiado el punto que revelaría del modo más favorable al Sena en París a unos ojos

que nunca lo hubieran visto —que es también el punto desde el que mejor se puede percibir su configuración general. Según yo, ese punto se sitúa en *alguna parte* de las intersecciones con los muelles de la calle del Louvre y de la calle del Árbol Seco. Fulcanelli, refiriéndose a Edouard Fournier, señala que la calle del Árbol Seco debe su nombre a una posada cuyo letrero subsistía en el siglo XVII y que en 1300 debió abrigar a los peregrinos de Tierra Santa (se trataría del jeroglífico empleado por los alquimistas para expresar la “inercia metálica”). En cualquiera caso, en el siglo XVI los proyectos de instalar un nuevo puente “para desahogar el puente de Notre Dame y el Pont-au-Change”, lo situaban en la prolongación de la calle del Árbol Seco; esta solución era efectivamente la más racional, por las vías ofrecidas a la circulación humana de esa época. Prevalció la idea de que pasara unos doscientos metros más lejos, subiendo el Sena, y tocara la punta occidental de la isla de la Cité; esa idea respondía, creo yo, a un orden de satisfacciones muy distinto.

El observador que llega al muelle por la fachada o por la parte trasera de Saint-Germain-l’Auxerrois, arriba según yo al punto axial de París. A corta distancia, sobre su derecha, rechina sordamente la cadena forjada en el siglo XIV que, al atardecer, unía la pequeña torre del Louvre con la torre de Nesle y marcaba uno de los límites de la ciudad. Si por un segundo le prestamos al Sena, como a una mujer, el gesto de deslizarse a lo largo de su flanco el brazo que tenía doblado y pegado a su frente, ese punto que mencioné invariablemente cae entre sus dedos como el tallo de una flor.

Precisaré también que para mí las inmediaciones de Saint-Germain-l’Auxerrois están cargadas de noche y de alarma. El contraste es aún más vivo porque el Sena, visto desde ahí hacia arriba, parece descubrirse repentinamente. Es un lugar común decir otra vez que el corazón de París late en la isla de la Cité: históricamente, todo salió de ella para un país entero, y aunque sus dimensiones sean tan reducidas, nadie negará que su destrucción sería, mucho más que sólo para este país, un golpe mortal —tal vez el único golpe realmente mortal. Pero esta idea de corazón encierra a pesar de todo la sugerencia de una forma que extrañamente para mí, hace mucho no se ha precisado ante algunos ojos.

Al empezar, intenté delimitar esta forma por lo que la rodea, los muelles de la Mégisserie y de Gesvres, aturcidos hasta la guerra de pájaros y de monos, el mercado de las flores en que noche tras noche se reengendra toda la frescura. Si en el camino unos horribles edificios obligan a apurar el paso, afortunadamente no está prohibido eliminarlos con el método de los filósofos zen (sería demasiado cerrar los ojos) para restaurar los monumentos cargados de espíritu cuyo lugar usurparon, como la fuente que animaba en su cima a un reloj astronómico con su pequeño campanario, y que

unos sórdidos “grandes almacenes” despojaron hasta de su nombre: “Samaritaine”. A la mirada deseosa de abarcar las épocas no le será difícil encontrar más allá un apoyo en la torre Saint-Jacques o en el Hôtel de Ville, que en la lejanía parecen capaces de tenerse en pie sobre la mano de una mujer, como una bella imagen popular de la imprenta de Chartres que muestra a Santa Clotilde ofreciendo un campanario. Esas joyas de otro tiempo —joyas mucho menos por sí mismas que por las circunstancias que las produjeron o por los acontecimientos que se tramaron en ese lugar— están ahí, junto al Sena, en su cristal ahumado visitado por resplandores, como si el río acabara de ponerlas después de su aseo, o como si debieran de permanecer al alcance de su mano. Dispuestas del mismo modo, a su izquierda, están las escuelas como un libro que tomaremos de nuevo, o que dejamos de lado.

Digo que la plazoleta del Arzobispado, por una parte, y el actual Pont-des-Arts, por otra parte, marcan los límites en que el curso del Sena suscita un ser dotado de vida orgánica cuyos órganos esenciales, de la cabeza a la unión de los miembros inferiores, tienen como envoltura a la isla de la Cité —a eso se limitaba por cierto la antigua Lutecia— y que la configuración de ese ser, lo mismo que la seducción que se desprende de él, no enseñan otra cosa que una mujer.

No me parece que deba de buscarse el secreto de su prestigio en otra parte. Este reside enteramente en el atractivo erótico que ejerce el hermoso cuerpo, lascivo hasta en la expresión del cansancio. Lo que lo rodea no son sino sábanas abiertas, aún muy impregnadas con su olor, a decir verdad. Se piensa en la joven gigantea de Baudelaire, y también se puede mirar —como lo que todavía habla de ella al vecindario— esa desnudez espléndida, a la vez provocativa y recatada, con los ojos de Charles Cros, que se abren para captar la luz más pura de París en su admirable poema “Matin”. Quiérase o no, París se impone al extranjero por su industria de lujo, cuya cultura también la refleja, en lo que tiene de más específico. Esa forma que se alarga como una almendra y una amante sobre el agua tiene como primera, si no es que como única preocupación, la de gustar. Tras el codo con el que finge ocultar su rostro, sus ojos echan llamas a sus horas en la gran roseta de Notre-Dame. Pero lo que la denuncia y la identifica con claridad está en otra parte.

Antaño pude decir que la plaza Dauphine “es uno de los lugares más profundamente alejados que conozco, uno de los peores solares que existen en París. Cada vez que me encontré ahí —añadí— sentí que me abandonaban poco a poco las ganas de ir a otra parte, tuve que argumentar conmigo mismo para liberarme de un abrazo muy dulce, demasiado agradablemente insistente y, después de todo, demoleedor”.² Esa impresión sólo se me aclaró más tarde, pero fue como un deslumbramiento

miento. Hoy me parece difícil admitir que otros antes que yo, al aventurarse en la plaza Dauphine por el Pont-Neuf, no se hayan quedado atónitos ante el aspecto de su conformación triangular, por cierto ligeramente curvilínea, y de la hendidura que la separa en dos espacios arbolados. Es imposible engañarse: el sexo de París se dibuja bajo esas sombras. Todavía brilla su pelambre, algunas veces al año, con el suplicio de los templarios que se consumió ahí el 13 de marzo de 1313 y que para algunos tuvo mucho que ver en el destino revolucionario de la ciudad. Más a menudo, un viento de distracción insufla ahí el olvido de todas las cosas y todo lo que puede sacarle provecho es lo que se *extravía*. Al caer la noche, unas linternas venecianas alumbran a *giorno* aunque a escondidas a los miles y miles de paseantes que se dieron cita ahí durante siglos. ¿Será que sus sombras movedizas contribuyen al aspecto extrañamente poco seguro y al mismo tiempo tan *invitante* del lugar? Creo por el contrario que ese aspecto los reunió y los fijó duraderamente ahí, lo cual no sorprende si efectivamente se debe a aquello por lo cual acabo de expresarlo. No es necesario decir, finalmente, que las parejas que se pierden en la plaza en las tardes de verano exasperan su deseo y se vuelven el juguete de un volcán.

Ante quien tendiera a inhibir semejante representación, con el riesgo de no ver la plazoleta del Vert-Galant y de no querer reconocer, montando su caballo, al rey que dio el plano destinado a perfeccionar el triángulo de la plaza, haré valer también que las consideraciones físicas que apoyan mi tesis se reforzarían, en caso necesario, con argumentos que valen en el terreno "moral". A este respecto me parece absolutamente significativo que la base del triángulo, sobre la rue de Harlay, coincida con la parte trasera del Palacio de Justicia cuya escalera doble y curvilínea vigilan unos leones de piedra, para que nadie lo ignore. La proximidad del lugar del castigo —que por cierto enmarca a la muy preciosa máquina de expiación que es la Sainte-Chapelle— realza aún más el tabú asociado con la plaza Dauphine y, en todo lo que se refiere a París, la designa como el lugar *sagrado*.

La oscilación que se produjo, desde los orígenes de la ciudad, cuando se trató de fijar el lugar de elección del puente que se tendería sobre el Sena entre el Châtelet y el Louvre (un puente de madera prolongaba en el siglo IX la calle de Harlay en dirección del actual muelle de la Mégisserie: el asalto de los normandos se rompió sobre la torre que la dominaba de ese último lado; debo recordar y precisar además que, bajo los reinos de Enrique II y de Enrique III, según el proyecto de Spifame, el puente por construir debía unir al Louvre con el antiguo hotel de Nesle, que se hubiera convertido en palacio de la Universidad. Esta oscilación sólo podía terminar al encontrarse el punto natural de imantación que se quería lograr. Me parece bastante establecido que sólo podía ser ése.

La decisión audaz de que por ese punto pasara el tendel entre ambas riberas y el apoyo ligero y descarado del Pont-Neuf en ese ángulo del delta que confunde, sin duda le dieron a la ciudad su acento de impudor soberano, de modo definitivo. El inconsciente colectivo sancionó tan bien esa obra maestra que el pueblo juzgó mal colocada la primera estatua ecuestre de Enrique IV, erigida en 1635 y que sería destruída durante la Revolución, porque "en vez de hacerle frente a la entrada de la plaza Dauphine, la miraba de lado". El valor funcional del puente no dejaba entonces que se perdiera de vista la punta de tentación que rozaba en su camino.

Me viene a la mente ese grito que, aunque enigmático, suena tan bien, de uno de los poetas más entrañables de finales del siglo pasado: "¡París, tu gloria obscena!..." Nunca, en efecto, las dos nociones que se enfrentan en ese grito han estado más íntimamente mezcladas a través del tiempo en un rincón más reducido del espacio. De la calle de la Moneda a la calle Dauphine, con todas las desviaciones buscadas hacia la calle de Harlay, sopla, como en ninguna parte, un viento de exhibicionismo. La vagancia y el vicio que hicieron un pacto de alianza en esos lugares fueron eliminados por la ruina y por una nueva y sosa calzada del antiguo Pont-Neuf, pero la plaza Dauphine, al morir el día, posee todavía un magnetismo y un turbio poder de sugestión infinitos. El viejo Pont-Neuf sigue ahí en la sombra, en donde Gastón de Orleans y sus hidalgos se conchaban para jugar a los ladrones de capas. Allá, a la altura de ese faro, el mariscal de Ancre no luce al posar como la doceava lámina del tarot. Esa mancha púrpura que se preciosa como gocete, y alrededor de la cual gruñe y cede la muchedumbrealzada, hablador si los hubo, es Gondi. La guasa más o menos feroz en el ruido del agua deja ir todos sus refranes al ritmo de la pistola de Cartouche. A la hora del ocaso, el tanque alto y espectral todavía pasa por ahí, y pasea a la luz de las antorchas al Amigo del pueblo con la cabeza inclinada sobre el hombro y el pecho desnudo enseñando las puñaladas. En sordina la "mano encantada" de Gérard de Nerval marca el ritmo. Se ve alejarse con prudencia, tomados del brazo, a dos personajes que se entienden a las mil maravillas, tan curiosos como en otros aspectos poco interesantes uno lo mismo que el otro, Restif de la Bretonne y Bluet-d'Arbères, conde de Permission.

FEBRERO DE 1950
(DE LA CLÉ DES CHAMPS)

NOTAS:

¹ Edouard Fournier: *Enigmes des rues de Paris*

² Nadja

³ Michel Féline: *L'adolescent confidentiel* 